

Título del cuento: **Una pequeña nave**

El año 1609 significó una brecha en la historia que marcaría un antes y un después para toda la humanidad, una revolución en las mentes más brillantes de la época, un giro en los pensamientos de todo aquello que creíamos saber y una razón suficiente para hacer sentir a toda una especie, por primera vez, que no eran el centro de un todo sino más bien que representaban un pequeño punto de un sistema más grande y complejo de lo que alguna vez habían pensado, en medio de una infinidad oscura y fría.

Era una helada noche de invierno cuando el Universo no se sintió tan infinito ni tan escalofriante como acostumbraba, más bien parecía haberse compactado en su máximo nivel de capacidad para asomarse por entre la atmósfera de la pequeña Tierra y así presenciar atento el nacimiento de un pequeño y saludable humano a quien, con entusiasmo, la constelación de Orión había bautizado en nombre de la estrella que más brillaba de su constelación en aquel preciso momento: Rigel, la supergigante azul que esparcía su brillo desde las inmensidades del espacio, a 900 años luz de distancia. La noticia de la llegada al mundo de aquel nacido de las estrellas se había esparcido a gran velocidad, atrayendo galaxias enteras y estrellas desde los rincones más inhóspitos e inexplorados de aquella tela de espacio-tiempo para iluminar con millones de cuerpos celestes el cielo nocturno que le daba la bienvenida a un lugar que no sentiría como hogar después de todo.

Desde antes de ser consciente de lo que sucedía a su alrededor, Rigel ya podía sentir la emoción y la felicidad que le proporcionaba aquel acertijo denominado Universo, aunque solo fuera desde las dimensiones de su pequeña cuna, que pocas veces utilizaba de noche, al fondo del estrecho departamento. Los stickers de estrellas que brillaban con luz amarillenta desde su techo lo saludaban cada noche sin falta, arrancando de su pequeño cuerpo más de una risa cargada de ilusión y felicidad pura; el modelo del sistema solar que colgaba por sobre su cabeza giraba con lentitud y paciencia, casi como si calculase cada movimiento, haciéndole mantener aquellos grandes y brillantes ojos atentos a las vueltas que daba Júpiter sobre su eje, al reluciente amarillo que portaba el Sol o a los llamativos anillos que rodeaban a Saturno. Aquel lugar estaba dotado de telescopios refractores, binoculares, imágenes astronómicas de estrellas lejanas y de la Vía Láctea, láminas de galaxias completas y libros que iban desde cuentos del espacio para niños hasta investigaciones de los agujeros negros volumen I y II. Podía afirmarse con seguridad que Rigel había conocido lo que hay más allá de su planeta antes que al suyo propio por obra de toda una colección de artilugios y objetos que lo rodeaban en consecuencia de toda una línea de generaciones de astrónomos, a la cual sus padres no eran la excepción, que habían asumido la ardua tarea de descifrar el enigma del espacio y sus posibilidades.

Sus primeros años de vida pasaron como una estrella fugaz, fue creciendo a pasos agigantados y múltiples cambios llegaron a él, como aquellas láminas de la Vía Láctea que antes se encontraban en el comedor ahora yacían pegadas en la pared continua a su cama, el techo ahora estaba plagado de estrellas fluorescentes, el disfraz de astronauta colgaba de la puerta de su armario y el peluche de marciano lo

observaba desde la comodidad de sus almohadas de constelaciones, si, muchas modificaciones había atravesado su alrededor en apenas 8 años, todo a excepción de su fascinación y el brillo en sus ojos al ver, escuchar o hablar de aquellos faroles que, durante la noche, iluminaban el cielo nocturno. Nadie en la familia se había sorprendido cuando vieron la amplia sonrisa de faltos dientes que les había dedicado Rigel al escucharlos pronunciar difíciles términos sobre las galaxias cercanas o estrellas, que siquiera comprendía, para después proceder a bombardearlos con millones de preguntas; hay quienes dicen incluso que su primera palabra fue telescopio, pero así como con los agujeros negros, nadie sabe decirlo a ciencia cierta. El pequeño Galileo, como lo apodaron entre todos después de ver que no se despegaba de su peluche de telescopio, parecía haber declarado como lugar favorito al gran balcón en el que había colocado sillas reclinables para admirar, antes de dormir y sintiéndose pequeño, la inmensa oscuridad que se extendía por sobre su cabeza, iluminada por el gran satélite llamado Luna y sus “hijas”, como solía nombrarlas, firmes y ordenadas. Tanta era su fascinación que para su octavo cumpleaños, y sin falta, sus padres armaron en la estrecha terraza lo que se convertiría en el primer paso a descubrir todo aquello que desconocía pero admiraba; se trataba de unos binoculares prismáticos, para su inicio en la astronomía, de 10 de aumento x 50 milímetros de diámetro del objetivo, para obtener una buena cantidad de luz, en conjunto de unos 5 milímetros de pupila de salida, o también conocido como el diámetro en milímetros del cono de luz que llega a nuestro ojo, ideal para utilizar en condiciones normales de pulso y fácil de sostener, aunque de todas formas habían colocado un trípode para que no se le dificultara mantener quieto el objeto. Aquel kilogramo se había convertido en su mayor alegría desde que había visto a través de los lentes a la Galaxia de Andrómeda, a la Luna e incluso al Doble Cúmulo de Perseo con todas aquellas estrellas que parecían observarlo de manera atenta, en lugar de que sucediera todo lo contrario.

Hacia sus 12 años, y comenzando en la etapa de la pubertad, las tareas de la escuela y los talleres extra escolares parecían irritarlo fácilmente, como una clase de súper poder único que solo estas actividades parecían poseer, puesto a que le robaban y absorbían su tiempo libre en el que podía buscar durante los atardeceres a Venus con su albedo a causa de la atmósfera de gases que lo rodea o, si las condiciones atmosféricas lo permitían, observar la Gran Mancha Roja, las bandas jovianas e incluso los rápidos cambios en la superficie de la atmósfera de Júpiter. Sus momentos de escape favoritos eran cuando su abuelo lo llevaba lo más alejado de la ciudad, donde la contaminación lumínica no parecía alcanzarlos, para que allí, en medio del campo rodeado del silencio y la oscuridad, compartieran historias sobre constelaciones, ubicaran a la Osa Mayor, contemplaran a Orión y comentaran sobre las fascinaciones de la Luna. Todo aquello lo hacía desear con fuerzas durante toda la semana a que llegara el viernes con rapidez, en especial cuando el ya mencionado astrónomo le había regalado de su propia colección su primer telescopio, y no se trataba de nada menos que un telescopio refractor o mayormente conocido como galileano que hace uso exclusivo de los lentes para amplificar la imagen y aumentar su luminosidad, compuesto por un lente en un extremo del tubo que refracta la luz para concentrarla en el foco donde se coloca el ocular. A pesar de la aberración óptica producida por la refracción de la luz en las lentes del telescopio, o como su abuelo la había llamado, cromatismo las imágenes eran tan nítidas que sentía a aquellos planetas muy cerca de él y no le importaba en lo absoluto este pequeño detalle, era

como estar flotando en el espacio observando con sus propios ojos lo que la infinidad oscura tenía para mostrarle. Los telescopios lo transportaban al espacio sin necesidad de una nave espacial, o un despegue o siquiera tripulantes, en esos momentos de calma total y silencio solo estaban él, su propio cohete y lo que sus ojos pudieran captar.

Con 14 años, Rigel parecía haberse acostumbrado a aprovechar al máximo los pequeños períodos de horas libres que la escuela le dejaba, internándose y fascinándose miles de veces ante todo lo que sus ojos y su telescopio galileano captaban, podemos decir incluso que tomó la oportunidad de hacer de aquel tiempo “perdido”, como solía describírselo a sus padres, de algo que verdaderamente disfrutara o al menos que no lo irritara por completo. Es así como, sin dudarlo, se anota en un taller de astrofísica básica que ofrecía su escuela por las tardes en el que no sólo había logrado nombrar cada una de las constelaciones sin hesitar sino que también había sido su propio motor de impulso para participar en un concurso de Astronomía. Tanta era su fascinación y pasión al escribir sobre cada uno de los planteas que conforman el Sistema Solar, que su escrito y modelo a escala del mismo fueron merecedores del primer lugar y un gran premio que incluía una buena suma de dinero. Su familia, cada vez que podían, le aconsejaban guardarlo y seguir ahorrando para cuando verdaderamente lo necesitara, sin embargo el pequeño Galileo tenía más que claro en qué invertir los billetes guardados durante años dentro de sus alcancías. Llegados a este punto es importante introducir a quien se convirtió en la nueva obsesión y en el pasatiempo favorito de Rigel: un telescopio reflector del sistema Newton, compuesto por un espejo cóncavo situado en el extremo inferior del tubo y que concentra la luz para dirigirla hacia un espejo secundario plano de menor tamaño situado en la boca del tubo, que rebota la luz a 45° hacia el ocular. A pesar de, al igual que su querido telescopio galileano, presentar cromatismo y no mostrar las estrellas tan puntuales, se convirtió en su iniciación a la observación del espacio en su profundidad, de objetos lejanos y débiles como galaxias más distanciadas y nebulosas que parecían buscarlo a él, para verlo a través de la lente, para hacer brillar con más intensidad sus estrellas, para captarlo como un centro y absorberlo en lo más inexplorado del Universo, en lugar de que sucediera todo lo contrario. Una vez más, solo eran él, su nueva nave espacial que lo transportaba más lejos aún y todo lo que sus ojos pudieran captar.

Los cuadros de diplomas de concursos de Física y Astronomía yacían colgados en las paredes junto a varias fotografías de él posando sonriente a un lado de sus telescopios, con los ojos abiertos de par en par en observatorios astronómicos e incluso recostado en el césped del campo con su abuelo, ubicando una por una a todas las constelaciones posibles, los certificados de Olimpiadas de Física, láminas de galaxias, y artículos sobre lo más reciente del Universo marcaban el paso de los años desde que aquel disfraz de astronauta era su prenda de vestir favorita; el futuro para él estaba más que claro mientras sostenía una valija que lo acompañaría a cumplir su sueño. Las estrellas de cientos de galaxias parecieron iluminar sus ojos cuando entre despedidas duraderas, consejos y lágrimas un gran empaque del que no se había percatado se convirtió en su centro focal, y es acá donde podemos nombrar al que se convirtió en el más beneficioso de los descansos de tanto estrés, cansancio y miles de emociones más que la universidad trajo consigo para Rigel: un telescopio Catadióptrico con una apertura de 200

milímetros, formado por lentes y espejos, cuyo objetivo es un espejo cóncavo que posee en la apertura una lente correctora que sostiene un espejo secundario y dirige la luz hacia un espacio en el centro del principal espejo hacia el final del tubo. Su diseño lo había maravillado, y hasta podría decirse que boquiabierto, la distancia focal era enorme y el tubo contaba con un tamaño bastante ajustado, por lo que podía llevarlo consigo y era su nave espacial todo terreno. Fueron aquellas noches de soledad, de melancolía, de estrés puro, de calma, de nerviosismo en las que su nueva nave espacial propia había sabido disipar toda emoción de su cuerpo para transportarlo a cientos de años luz de distancia, donde pertenecía, entre las estrellas y galaxias que lo observaban y todo lo que sus ojos pudieran captar a través de la lente.

Sus 24 años habían llegado más rápido de lo que alguna vez se había imaginado, lo habían encontrado con su título en mano y sus telescopios en otra viajando de observatorio en observatorio alrededor del mundo, hablando, observando, escuchando y aprendiendo de aquello que se había convertido en lo que más admiraba, ese espacio oscuro y lejano parecía atraerlo como un imán cada vez que se topaba en el camino con alguno de los telescopios más grandes del mundo, con avanzadas tecnologías y diversos mecanismos. Los sitios inhóspitos e inexplorados parecían susurrar su nombre e iluminar con intensidad sus estrellas y galaxias solo para que se diera cuenta, querían que él respondiese al llamado, lo querían de vuelta en casa. Lo había sentido en el Observatorio Paranal, Chile cuando contemplaba los cuatro telescopios de gran potencia allí colocados, en especial el denominado Very Large Telescope, y los más avanzados de todo el mundo en cuanto a los instrumentos óptico, empleando un sistema de espejos en túneles subterráneos, lo había sentido cuando observaba las imágenes de asteroides y cometas detectados por el telescopio PS1 equipado con tecnología Pan-STARRS que combina múltiples espejos con sensores CCD en el observatorio astronómico de la montaña Mauna Kea, Hawái, lo mismo había sucedido en el observatorio de Sierra Nevada, España, en el de La Silla, en el Desierto de Atacama Chile, y así en todos y cada uno de los lugares del mundo que contarán con grandes y pequeños instrumentos ópticos, solo bastaba para que una mínima lente apuntara al cielo para que en sus ojos destellaran miles de luces similares a los que alumbraban el cielo nocturno.

El día había llegado y la emoción parecía devorarse al nerviosismo que minutos antes de subir a la nave espacial lo habían consumido, los mismos ojos que desde la cuna brillaban contemplando las estrellas fluorescentes en el techo destacaban brillosos entre la marea de abrazos y besos que lo había avasallado antes de emprender lo que significaría el mejor momento de su vida, las manos le temblaban en anticipación, el corazón le latía con fuerza y emoción contra sus costillas y su mente se hallaba enfrascada en lo que se encontraba fuera del reducido espacio que ocupaba. A sus 35 años estaba por conocer, por primera vez, a su verdadero hogar donde esa inmensidad oscura parecía por poco gritar su nombre a medida que se aproximaba. Ya no pensaba en nada más, ni en su familia, ni en lo que había vivido, ni siquiera en quién era, el único pensamiento que invadía su mente era la constante repetición de la palabra casa. Casa, casa, casa susurraban las estrellas que de a poco sentía que alcanzaba. Casa, casa, casa le dijeron hasta que sus grandes e inocentes ojos se toparon con la inmensidad del espacio, analizando cada detalle con mirada melancólica, agitada por un huracán de emociones,

brillantes como cien galaxias, incrédulos con la emoción de un niño pequeño. Había llegado a su hogar, y no podía despegar sus ojos de él, incluso en ese instante creyó que jamás podría, ya no necesitaba de sus pequeñas naves espaciales en las que se había apoyado durante años y a las que tanto había utilizado para conocer de dónde venía, quién era, cuál era su lugar. Lo cierto es que su lugar nunca estuvo en aquel planeta llamado Tierra, su lugar siempre estuvo en la inmensidad del espacio y sus posibilidades, junto a aquella infinidad oscura, y no era cosa extraña considerando que hasta la más lejana galaxia lo había visto nacer, hasta la última estrella lo había llamado, y hasta el último planeta lo había cuidado desde la lejanía. Ya no necesitaba un trípode donde sostener su nave, su cuerpo era su sostén, ya no necesitaba de lentes o espejos, sus ojos de par en par cumplían con la tarea a la perfección, ya no necesitaba corregir el cromatismo o situar su telescopio en una posición adecuada, no, ya no necesitaba de ninguna de todas esas cosas, ahora él era su propia nave espacial.

Al final solo estaban las galaxias, las estrellas y los planetas dándole la bienvenida y todo lo que sus ojos pudieran captar desde la primera fila de aquel espectáculo en medio de la oscuridad.